



EL POLITICO DE CERA

Por JUAN ALDEBARAN

La biografía de un presidente de los Estados Unidos no empieza hasta que toma posesión de la Casa Blanca. Si Hubert Horatio Humphrey conquista el poder el 5 de noviembre, habrá nacido de nuevo y todos los rasgos de su vida anterior tendrán un «sentido» nuevo, a la luz de su actitud. Nadie hubiera podido sospechar en el pequeño, apagado y hasta despreciado Truman, segundón de un gran hombre, del histórico Roosevelt, la fuerza suficiente como para terminar la guerra en Extremo Oriente a fuerza de bombas atómicas y lanzar la «guerra fría» que su jefe político quiso evitar; nadie creía que Johnson podría transformar hasta la catástrofe el país renaciente que heredó de Kennedy. Parece como si los vicepresidentes, oscurecidos por un cargo vacío, quisieran hacer lo contrario de lo que han visto hacer, de lo que han asumido en silencio, cuando un accidente les lleva a la presidencia. Por el momento, Hubert Horatio Humphrey realiza su campaña electoral sobre la base de la continuidad; por ella ha sido elegido candidato del partido demócrata, frente a Nixon (republicano); y en el último momento, cuando la tormentosa convención de Chicago discutía a grandes gritos la política de Vietnam y parecía que McCarthy ganaba terreno, y se proponía una llamada al senador Edward Kennedy —Kennedy III— para buscar un compromiso, una eficaz ayuda

le llegó a Humphrey en forma de alusión hecha por Johnson, desde su rancho de Tejas: «El candidato demócrata será alguien capaz de realizar en el Vietnam la misma política que he llevado yo». El único calificado para esta trágica tarea era H. H. H., y la Convención le eligió en el primer turno de votación. Cuando Humphrey subió a la tribuna tenía los ojos enrojecidos por el llanto. No era la emoción; eran los gases lacrimógenos que había empleado la policía en su lucha contra una gran manifestación pacifista que protestaba contra Humphrey, y a la que tuvo que reprimir con considerable dureza.

Nada de esto quiere decir, naturalmente, que Humphrey vaya a seguir la política de Johnson si llega a ser presidente. Seguirá la política de la conjuntura y dará a esa política el estilo que le parezca, sin miedo a las contradicciones. No puede tenerlo quien hoy ha sido elegido como representante del ala derecha del partido y, antes de la vicepresidencia, pertenecía al ala izquierda. Precisamente por su alegado izquierdismo fue nombrado vicepresidente; para contrapesar el conservadurismo de Johnson. Que, a su vez, fue vicepresidente para hacer equilibrio al supuesto izquierdismo del primer Kennedy. Así se escribe la política en los Estados Unidos.

Hubert Horatio Humphrey nació en una familia modesta, en 1911: su padre tenía un «drugstore» en Wallace (un pueblo de Dakota del Sur) que no era excesivamente próspero. El padre quiso elevarle del nivel del comercio al intelectual —en el supuesto de que ello sea una elevación—, para el que parecía dotado, y le mandó a la Universidad en 1929; si tardó ocho años en obtener un título de ciencias políticas no fue por falta de capacidad, sino de dinero. Tuvo que interrumpir dos veces sus estudios y dedicarse a trabajos diversos para ayudar a su familia; incluso llegó a torcer su vocación para seguir unos cursos de farmacia y poderse hacer cargo del «drugstore».



Político de cera, Johnson número 2... Hubert Humphrey tal vez ofrezca otra imagen si consigue llegar a la Casa Blanca después de las elecciones de noviembre.

Las dificultades económicas crecieron con su matrimonio; su esposa le ayudó a proseguir sus estudios haciendo copias a máquina al mismo tiempo que cuidaba a la niña que les acababa de nacer que luego sería, como su padre, doctora en ciencias políticas. Hubert Horatio Humphrey consiguió finalmente un puesto de profesor auxiliar en la Universidad de Minneapolis. El tema de su tesis doctoral había sido la filosofía política de Roosevelt —el «new deal»— en la que vertía su filosofía propia: una América cuyo liberalismo no se detuviera en las clases burguesas y llegara a verdaderas leyes sociales en favor de los no privilegiados, entre los cuales había vivido suficientemente como para conocerlos.

El idealismo de la guerra mundial, la sensación de que los Estados Unidos combatían en defensa de todas las libertades y los destellos de la figura de Roosevelt elevaron a quienes sostenían esos ideales: fue así como Humphrey se encontró con un principio de carrera política, a partir de la Alcaldía de Minnesota. Apareció en ese puesto como más moderado —la gravedad del poder— de lo que parecía en sus programas, y los miembros más a la izquierda de su partido demócrata fueron descalificados por él como «aventuristas». Al mismo tiempo, se revelaba ya en él una personalidad singular. Un sentido de optimismo, una sonrisa ancha, un chorro continuo de palabras y una honestidad absoluta —siguió siendo pobre tras haber ejercido una Alcaldía rica— le hicieron capaz de conquistar la plaza de senador del Estado en las elecciones de 1948

—el mismo año en que Johnson fue elegido senador: los dos «novatos» se encontraron unidos en su primera timidez senatorial— con una mayoría de casi un cuarto de millón de votos. Eran los votos de los obreros, los votos de la izquierda.

No los traicionó en el Senado. Se ha dicho de él que fue un Kennedy antes de tiempo, y que algunos de sus proyectos de ley sobrepasaban lo que luego constituiría la base de la «nueva frontera» de Kennedy. Adelantarse, en política, es tan malo como retrasarse; quizá peor. Eran los años de la «guerra fría», la ilusión demócrata de la guerra se había trocado por el sentido de cruzada anticomunista, y a Humphrey se le reprochaba no ser suficientemente anticomunista, y pertenecer a la sociedad «American for democratic action», que producía y produce aún algunos de los mejores cerebros de la coexistencia y del pacifismo, pero que en ese momento estaba considerada como extremista. Si sus amigos le reprochaban no ser suficientemente anticomunista, sus enemigos le consideraban como comunista —en una época en que el calificativo se aplicaba a todo lo que no era extrema derecha—. Humphrey se lanzó a la defensa del derecho civil de los negros, de la mayoría de los suburbios urbanos, de las libertades sindicales; se opuso firmemente a la ley Taft-Harley, que limitaba el derecho de huelga, defendió cierta forma de nacionalización —las «empresas públicas»— y su tendencia a la creación de cooperativas obreras. Se le adjudicó una nueva calificación: Humphrey era un «cramping socialist», un «socialista

HUMPHREY

Los heridos y los detenidos en los días de la convención demócrata se cuentan por centenares. Chicago vivió una noche dramática mientras se elegía al candidato demócrata. Humphrey subió a recoger su victoria con los ojos enrojecidos no por la emoción, sino por los gases lacrimógenos que lanzó la policía en su durísima represión.



rampante», un socialista, diríamos en castellano, vergonzante, inconfeso.

Todo ello le condujo a una especie de isla propia; se escuchaban con interés sus opiniones, se admiraban su honestidad, su dinamismo; su «activismo», producía asombro, pero se comentaba que el «pobre Hubert» nunca llegaría a nada. En efecto, cuando se unió a Stevenson —otro «idealista»— para obtener la investidura demócrata —Stevenson, presidente; él, vicepresidente— en 1956, no tuvo éxito; tuvo menos aún cuando, en 1960, intentó presentarse frente a Kennedy en la convención demócrata.

Una vez más, la coyuntura política le favoreció: con Kennedy en la Casa Blanca, el partido demócrata necesitaba un jefe parlamentario suficientemente penetrado de las doctrinas del «new deal» y de la «nueva frontera» como para poder llevar en el Senado la política presidencial. No había más que Humphrey, que a partir de esa ocasión mostró una enorme habilidad para conducir las maniobras políticas y una excelente capacidad de orador polemista. En 1964 fue absorbido por Johnson, por la regla de equilibrio ya expuesta: presidente conservador-vicepresidente liberal. Humphrey podía sumar a la candidatura los votos obreros, los votos negros, los votos de la izquierda. No faltaron a la cita. Johnson proclamó entonces que Humphrey «no sería un vicepresidente como todos los demás». Inmediatamente le convirtió en un vicepresidente como todos los demás: es decir, como un satélite de su propia política.

Los esfuerzos de Humphrey para conciliar su propia imagen

política con la disciplina de la Casa Blanca han sido inútiles. Johnson le ha utilizado inteligentemente para hacerle su portavoz, para defender su política en el Vietnam; algunos de sus viajes de «explicación» han tenido que ser interrumpidos por razones de orden público, otros le han expuesto a las peores acusaciones por parte de los pacifistas de Europa y de Asia. Y de su propio país. En febrero de 1967, Humphrey sufrió una de las mayores humillaciones de su vida cuando los estudiantes de la Universidad de Stanford, en California, le impidieron que les dirigiese la palabra. Humphrey como individuo, había sido ya devorado por el poderoso engranaje político americano. Así digerido, aparece ahora como un continuador de la política del presidente Johnson, lo cual es sorprendente por una sola razón: porque la política del presidente Johnson es lo menos parecido a una política, y la misma definición que se ha hecho de ella en la «plataforma» demócrata, en referencia al Vietnam, es enormemente confusa.

Ello no quiere decir, como se advierte al principio de estas líneas, que Humphrey no ofrezca otra imagen —¿la de su juventud?, ¿una nueva, inédita?, ¿un conservadurismo aún mayor?— según sea la coyuntura en que tenga que actuar, si es elegido presidente. Por el momento, aparece en desventaja con respecto al republicano Nixon. Pero faltan dos meses para las elecciones —el 5 de noviembre— y, como el terreno de la política interior y exterior es movidizo, pueden pasar muchas cosas. ■ J. A. Reportaje gráfico Humphrey: CAMERA PRESS - ZARDOYA - Fotos Chicago: CIFRA.